

Una selección de árboles

Poemas



UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA
1803

SISTEMA DE BIBLIOTECAS

Somos el Alma de la Universidad

FACULTAD DE MEDICINA

Universidad de Antioquia

Mauricio Alviar Ramírez

Rector

Luz Stella Isaza Mesa

Vicerrectora de Docencia

Dora Inés Villegas Londoño

Directora Sistema de Bibliotecas

Carlos Alberto Palacio Acosta

Decano de la Facultad de Medicina

Abril de 2015

Edición: Paloma Pérez Sastre, Facultad de Medicina; Luis Germán Sierra J., Sistema de Bibliotecas.

Ilustración de portada: *Otoño*, Sara Roldán Montoya, estudiante de la Facultad de Artes de la Universidad de Antioquia. Técnica mixta (acrílico, acuarela y tinta) sobre papel. 17,5 x 21 cm. 2010.

Ilustraciones interiores: Consuelo García, profesora Facultad de Artes Universidad de Antioquia. *Citrus limón* (limón criollo), lápices de colores, 1994. —Cortesía del Herbario de la Universidad de Antioquia—, y Juan Carlos Osorno, estudiante de la Facultad de Artes de la Universidad de Antioquia. Dibujo sobre papel, 2015.

Edición con fines culturales y divulgativos. Se publica el material con base en el artículo 32 de la Ley 23 de 1982, dado el carácter académico y la difusión gratuita del presente texto.

Una selección de árboles

Podría decirse que un poema y un árbol se parecen. Verticales los dos y llenos de ramas, tienen en común también el tallo (el del poema podría llamarse “talle”). Los dos dan sombra (ello es casi más importante que el hecho de que den frutos). Al poema, aunque sea pequeño, no debe llamársele “ornamental”, como, en justicia, tampoco al árbol. A los pequeños de jardín, para ser árboles de verdad les falta experiencia, les falta calle (camino o selva, sería más justo decir), les falta soledad. Todo lo cual les falta a los bonsáis, que son árboles producto de un artificio, no del bello azar. Lo mismo le ocurre al poema: por grande que sea, si es producto del artificio, no pasa de ser un bonsái.

En la presente selección de poemas y de árboles, los hay de todas partes del mundo y de muchas especies: manzanos, cerezos, pinos, palmeras, almendros, cei-

bas, peras, olmos, (estos dos últimos siempre van juntos por cuenta de un dicho), cipreses, mirtos, ciruelos... hasta un árbol del lenguaje y un Naranja, que corresponde más bien al apellido de un poeta.

Por alguna razón, que en todo caso no es extraña, desde siempre los poetas se han detenido en los árboles, tanto a reposar y a buscar la esquivada inspiración, como a escribir sobre ellos. Porque difícilmente puede encontrarse en la naturaleza un ser más generoso y más bello. Nos dan de comer, nos dan sombra, nos dan belleza, absorben el sucio aire de las ciudades (pese a lo cual no parecen envenenarse), tantas veces prolongan su existencia en la silla en que nos sentamos o en el corcho que protege el vino que tomamos, y son la casa de los pájaros.

Así, pues, aquí pueden leerse poemas de autores de muy diversas nacionalidades y de épocas también muy distintas. Desde poetas japoneses de la antigüe-

dad hasta jóvenes cercanos en el tiempo y en la distancia. En ocasiones el poeta se transmuta en árbol, tal vez por lo dicho, porque de alguna forma los envidiamos. Su libertad, su silencio, su presencia majestuosa y a la vez humilde, su paciencia, su sabiduría, su complacencia desde siempre con los niños. “¿Has visto un árbol en su serena desnudez?”, se pregunta un poeta; otro dice, aludiendo la misma transmutación, pero al revés, que “los más sentimentales no son verdes, / ni siquiera son árboles / sino hombres que no viajan / por amor a su aldea”.

Y hay árboles en todas partes de la Tierra, aun en los desiertos (¿no será su sombra la más codiciada?). Es decir, en todos los lugares de la Tierra los niños tienen un árbol donde subirse, ¿no puede ser ello una esperanza, si pensamos en la improbable bondad de los seres humanos?

Poemas

A los lectores de este cuaderno de poemas les auguramos un buen árbol dónde recostarse y olvidarse de las penas del mundo. A la sombra de los dos: del poema y del árbol, no puede haber nada más importante.

Nota: Como las hojas que, inopinadamente, caen de los árboles, el orden de los poemas de este cuaderno es aleatorio. Fueron apareciendo y así quedaron, como cayeron.

Paloma Pérez. S. / Luis Germán Sierra J.



Autor: Juan Carlos Osorno

Cortaron tres árboles

Eran tres.
(Vino el día con sus hachas).
Eran dos.
(Alas rastreras de plata).
Era uno.
Era ninguno.
(Se quedó desnuda el agua).

Federico García Lorca, España

Pequeña elegía

Ya para qué seguir siendo árbol
si el verano de dos años
me arrancó las hojas y las flores
Ya para qué seguir siendo árbol
si el viento no canta en mi follaje
si mis pájaros migraron a otros lugares
Ya para qué seguir siendo árbol
sin habitantes
a no ser esos ahorcados que penden
de mis ramas
como frutas podridas en otoño

Raúl Gómez Jattin, Colombia

El árbol de oro

El árbol de oro transforma la apariencia del paisaje.
Lo que nosotros llamamos naturaleza está ahí,
pero la vida del árbol le trajo un relieve,
una claridad que antes no tenía.
Crecen en sus ramas resplandores sin sol,
y sus altas luces obligan a mirar hacia arriba,
hacia la amplitud del cielo,
que él, con la delicadeza de sus hojas, resalta.
Su firme presencia
hace visible el espacio invisible del aire.

Lauren Mendinueta, Colombia

Cuando pase el tiempo

Almendra florido
que un soplo de viento deshace.
Rodaron los pétalos
y queda el aroma en el aire.
El árbol desnudo perdura en la tierra,
soporta veranos, inviernos, espera.
Cuando pase el tiempo, cuando crezca el río
y llegue por fin el barquero, volverán las flores
que deshizo el viento.
Sonará la hora del hondo misterio.
Los ojos atónitos verán a lo lejos
un largo camino de luz indecisa.
Las manos unidas de nuevo,
estaremos juntos, amor, para siempre.

Maruja Vieira, Colombia

El manzano

En el edén de mayo, bajo un bello manzano
que revienta de flores como risas,
bajo el que no sabe qué es bueno y qué es malo,
bajo el conmovedor, que ante eso se encoge de ramas,
bajo el de ninguno, aunque alguien diga es mío,
bajo el que no le pesa nada más que el presentir la fruta,
bajo el que no le importa qué año, qué país,
qué clase de planeta, a dónde gira,
bajo ese tan otro, tan poco cercano
que ni me da consuelo ni me causa espanto,
bajo el indiferente, pase lo que pase,
bajo el que tiembla de paciencia con sus hojas,
bajo el inconcebible, como si lo soñara,
o como si todo fuera un sueño, menos él,

Poemas

demasiado comprensible y vanidosamente:
quiero quedarme un poco, no regresar a casa.
Volver a casa quieren solo los presos.

Wisława Szymborska, Polonia. Traducción de Gerardo Beltrán y Abel
A. Murcia

Hijo árbol

El árbol invernal se estampa sobre
el cielo azul, como el perfil de Erasmo
de Rotterdam, absorto por el pasmo
de su dureza y su enjutez de cobre.

Más noble así que si estuviera vivo
de frondazón sensual, con su severa
forma que aguarda a la ancha primavera
en su perfil de Erasmo pensativo.

Mas yo lo podo con amargo brío
por darle gesto como a un hijo mío
hasta que se me vuelva criatura.

Y al cielo que bosteza de su hastío
y al paisaje sin escalofrío
lo entrego como norma de amargura.

Gabriela Mistral, Chile

Poemas

Árbol de invierno

¿Dónde sigue quemando
su llama, todavía?

Renata Durán, Colombia

Pino

Estas raíces
—en parte cercenadas—
del pino
que un tajo en la montaña
al borde
del camino dejó desnudas

Estas raíces
obstinadas y corvas
que se aferran
como uñas
al suelo

José Manuel Arango, Colombia

Árbol

Tu sombra bebe luz

Arriba

estrellas de agua

Y es otro ya

el fruto que elaboras

oro cernido

sobre el círculo del prado

Árbol

a tu pie

teje el olvido

aromas y susurros

Horacio Benavides, Colombia

Árbol

Aunque sin nombre
me coma el tiempo,
el día, la hora
por dos años en desolación,
seguiré pecando de una a otra boca así;
mañana seré una magia transparente
y temblarán mis manos hasta el fin.

Clemencia Tariffa, Colombia

Una hoja no más

Una hoja no más. Esto es el hombre.

¿Dónde su rama original?

Una hoja cayendo eternamente
sobre la tierra y sobre el mar.

El agua es infinita,
las llanuras son vastas.

El viento pasa por los pueblos
lleno de muertas esperanzas.

Una hoja no más, pequeña, deshojada,
de tumbo en tumbo, sola, desolada.

¿Dónde el sitio en que va a caer?

La tempestad tala los árboles
que han empezado a florecer.

A lo lejos se escuchan gritos.

Sobre la hierba verde y madre
está pariendo una mujer.

Una hoja no más. La noche avanza.
El tiempo apaga el fuego de las cosas.
La muerte sopla sobre los hogares.
Al misterio se llega del misterio.
Se padece, se vuelve a padecer.
Una hoja cayendo hacia el olvido
para luego volverse a desprender.

Carlos Castro Saavedra, Colombia

XCI

Húmedo está, bajo el laurel, el banco
de verdinosa piedra;
lavó la lluvia, sobre el muro blanco,
las empolvadas hojas de la hiedra.

Del viento del otoño el tibio aliento
los céspedes undula, y la alameda
conversa con el viento...
¡el viento de la tarde en la arboleda!

Mientras el sol en el ocaso esplende
que los racimos de la vid orea,
y el buen burgués, en su balcón, enciende
la estoica pipa en que el tabaco humea,
voy recordando versos juveniles...
¿Qué fue de aquel mi corazón sonoro?

Una selección de árboles

¿Será cierto que os vais, sombras gentiles,
huyendo entre los árboles de oro?

Antonio Machado, España

El árbol que sombrea la llanura

El árbol que sombrea la llanura
tiene cien años de acendrar sus mieles,
de temblar bajo el júbilo del cielo
alargando sus frutos sazonados,
de escuchar el silencio de la noche,
y de ver a las mozas del camino,
perennemente, sin decirles nada...

Los labradores con el hierro al hombro
llegan en la fatiga de la tarde,
y piensan al mirarlo, simplemente:
"Ya rindió sus cosechas más jugosas,
y ofrece al hacha los desnudos brazos
para el alimento del hogar: ¡cortémosle!".

¡Oh inquietud vespertina! ¡Cómo tiemblan
mis carnes cual las ramas sacudidas
del árbol que sombrea la llanura!
Me duele el corazón... En el lejano

horizonte se encienden los hogares,
y con un ritmo lánguido y liviano
parece que sollozan los palmares.

Me quedo preguntándome a mí mismo:
¿para qué sirve un árbol? ¿Para darle
cuatro varas de sombra al césped trémulo?
¿Para temblar bajo el azul del cielo
alargando sus frutos sazonados?
¿Para oír el silencio de la noche?
¿Para sentir la fiebre de la tierra?
¿Para ver las mozas del camino,
perennemente, sin decirles nada?

Me quedo preguntándome a mí mismo
en la fúlgida noche que desciende;
y ella, que en paz sus luminares prende,
dilatada mi ansiedad con su mutismo...

Porfirio Barba Jacob, Colombia

Mütterchen,
tú ves la ceiba roja
y crees que es un dios,
uno de los arrojados.

Sí, Mütterchen,
amarilla se torna la ceiba,
cuando los papagayos aterrizan.
Luego azul, cuando ellos duermen.

Y de vez en cuando, Mütterchen,
vuela la ceiba, detrás de ellos,
totalmente pálida.

Sveta Aluna, Selnich Vivas Hurtado, Colombia

El soñador de bosques

A Hernando Socarrás, soñador de bosques.

Los árboles no duermen.

A través de sus sombras viajan y recuerdan
reconocen la mano que guarda sus silencios
y cuando la brisa pasa se inclinan a saludar.

Bajo la tempestad escuchan la agonía de los árboles viejos
y saludan desde sus orillas inmóviles el sereno esplendor
de la caída.

Saben que el hombre que vino anoche y los abrazó
guarda en su interior la antigua savia de los orígenes.
Tal vez jamás vuelvan a verse pero él siempre llevará
la secreta sombra de un corazón plantado en el viento
una raíz secreta que cada día lo acercará más al cielo.

Gustavo Tatis Guerra, Colombia

Cerezos en flor

Yo no sabía que el tiempo
pudiera salirse de sí mismo y florecer
pero aquel año marzo acercó su hombro a los cerezos
y el milagro se produjo:

bajo la lluvia fina restallaban como olas
los festones de los brotes
y los árboles perdidos
se encontraban a sí mismos
y se situaban dentro de su tiempo propio
engarzando el ritmo de sus ramas desnudas
a la orgía deslumbrante de sus flores.

Las hojas aparecieron después tímidamente
como si temieran interrumpir la fiesta
de las flores y los frutos.
Fueron viniendo tiernas, suaves,

de un verde joven y luminoso.
Su paso medía el tiempo
como un reloj vegetal:

Llegaban lentamente desde la raíz
hasta las ramas
y allí se apoderaban de la luz
y del calor del sol de verano.

El tiempo salido de sí mismo,
reverdecido,
era un cerezo en flor,
un reloj de raíces húmedas,
de troncos y ramas florecidas,
de frutos en sazón.

Ana María Fagundo, España

Instante

Por un instante la luz
como mariposa dorada
se ha detenido en el aire
en aquel árbol
que sacude sus hojas
como un loco
como un pájaro verde
embriagado de sol.

Guillermo Martínez González, Colombia

Pedirle peras al olmo

Cuando las hojas abundan, las palabras dejan de ser indispensables. Una hoja viva guarda la promesa de un párrafo gentil. En suma, la sombra buscada.

A la sombra de un árbol frondoso, el día tiene la calidad de una página poética. Los frequentadores del roble andan diciendo que al pie de su tronco, el silencio traduce las canciones de un juglar desconocido.

Rubén Vélez, Colombia

El árbol y el lenguaje

Subí a un bosque y me eché bajo un árbol. El árbol era un álamo o un chopo. ¿Por qué no recuerdo lo que era? Porque mientras miraba el follaje y seguía sus movimientos guardé en mí, captado de un golpe, el lenguaje que, por un instante, ejecutó ante mí sus antiquísimas nupcias con el árbol. Las ramas, y la cima con ellas, se balanceaban cavilosas o se balanceaban rehusándose o altaneras: la copa se alzaba contra una fuerte corriente de aire, se estremecía ante ella o le hacía frente; el tronco disponía de su buen trozo de suelo sobre el que pararse; y una hoja daba su sombra sobre otra. Un viento suave ponía música de bodas y después llevó por todo el mundo, como un discurso de imágenes, a los hijos nacidos de esa boda.

Walter Benjamin, Alemania. Traducción de Marco Aurelio Sandoval

El silencio quiere ser árbol, flotante hoja,
sílaba y savia del árbol quieto, sin tiempo.
El silencio quiere ser tus labios, ese refugio
donde callan las palabras porque ya están todas.

Wilson Pérez Uribe, Colombia

Lo fatal

Dichoso el árbol que es apenas sensitivo,
y más la piedra dura, porque esa ya no siente,
pues no hay dolor más grande que el dolor de ser
vivo,
ni mayor pesadumbre que la vida consciente.

Ser, y no saber nada, y ser sin rumbo cierto,
y el temor de haber sido y un futuro terror...
Y el espanto seguro de estar mañana muerto,
y sufrir por la vida y por la sombra y por

lo que no conocemos y apenas sospechamos,
y la carne que tienta con sus frescos racimos,
y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos,
¡y no saber adónde vamos,
ni de dónde venimos!...

Rubén Darío, Nicaragua

Palma sola

La palma que está en el patio,
nació sola;
creció sin que yo la viera,
creció sola;
bajo la luna y el sol,
vive sola.

Con su largo cuerpo fijo,
palma sola,
sola en el patio sellado,
siempre sola,
guardián del atardecer,
sueña sola.

La palma sola soñando,
palma sola,
que va libre por el viento,
libre y sola,

Poemas

suelta de raíz y tierra,
suelta y sola,
cazadora de las nubes,
palma sola,
palma sola,
palma.

Nicolás Guillén, Cuba

Vi en Luisiana crecer una encina

Vi en Luisiana crecer una encina,
se erguía sola y el musgo colgaba de las ramas,
creció allí sin compañero, emitiendo alegres hojas, de
color
verde oscuro,
y su aspecto rudo, inflexible, robusto, me hizo pensar
en mí
mismo,
pero me preguntaba cómo podía la encina emitir
alegres hojas
allí sola, sin su amigo cercano, pues bien sabía yo
que
no podría imitarla,
y arranqué una ramita cubierta de hojas y entrelacé con
ellas

un poco de musgo,
y me la llevé, y la he puesto en un lugar visible de mi
cuarto,
no la necesito para que me recuerde a mis amigos
queridos
(pues creo que últimamente casi no he pensado sino en
ellos),
pero es para mí un curioso emblema, me hace pensar en el
amor viril;
a pesar de ello, y aunque la encina brilla allá en Luisiana,
solitaria en medio de un vasto claro,
y emite alegres hojas durante toda su vida sin un amigo
o amante cercano,
sé muy bien que yo no podría imitarla.

Walt Whitman, Estados Unidos. Traductor: Francisco Alexánder

La piedad del ciprés

Viajero: este ciprés que se levanta
a un metro de tus pies y en cuya copa
un pajarillo sus amores canta,
tiene alma fina bajo dura ropa.

Él se eleva tan alto desde el suelo
por darte una visión inmaculada,
pues si busca su extremo tu mirada
te tropiezas, humano, con el cielo.

Alfonsina Storni, Argentina

La selva

Selva de mi silencio
apretada de olor, fría de menta...

Selva de mi silencio: en ti se mellan
todas las hachas; se despuntan
todas las flechas;
se quiebran todos los vientos...

Selva de mi silencio, Selva Negra
donde se pudren las canciones muertas...

Selva de silencio... Ceniza de la voz
sin boca ya y sin eco; crispadura de yemas
que acechan
el sol
tras la espesa
maraña del verde... ¿Qué nieblas
se te revuelven en un remolino?
(La selva se cierra
sobre el ala que pasa y que rueda...)



Citrus limon (Limon o limón criollo)

Poemas

Selva de mi silencio,
verde sin primavera,
tú tienes la tristeza
vegetal y el instinto vertical
del árbol: en ti empiezan
todas las noches de la tierra;
en ti concluyen todos los caminos...

Selva
apretada de olor, fría de menta...

Selva con su casita de azúcar
y su lobo vestido de abuela;
trenzadura de hoja y piedra,
masa hinchada, sembrada, crecida toda
para aplastar aquella
tan pequeña
palabra de amor...

Dulce María Loynaz, Cuba

416

Advertir un murmullo de los árboles
muy débil para ser del viento. Un astro
para ir tras él no demasiado lejos
ni lo bastante cerca para hallarlo.

Un amarillo largo sobre el césped
y un alboroto como de pisadas,
no —como las nuestras— audibles,
pero más garbosas, más suaves,
como si una familia de hombrecitos
corriera hacia sus casas invisibles...
Si todo esto y mucho más contara,
nadie lo creería.

A cuántos petirrojos
he espiado en sus camitas,
que —aunque tratan— no pueden esconder
en sus camisones las alas.

Poemas

Pero yo prometí no contar nunca.
¿Cómo podría romper mi palabra?
Sigue pues tu camino que yo seguiré el mío.
Y no temas perderte.

Emily Dickinson, Estados Unidos. Traducción de José Manuel Arango

De “Seis paisajes significativos”

Un viejo está sentado
A la sombra de un pino
En China.
Contempla las consueudas,
Blancas y azules,
Al borde de la sombra,
Movidas por el viento.
El pino ondea al viento.
Así las aguas corren
Sobre las algas.

Wallace Stevens, Estados Unidos.

Traducción de Andrés Sánchez Robayna

Entre las ramas

Por la ventana, veo en el muelle unos pájaros de aspecto sucio que se reúnen junto al comedero. Los mismos pájaros, creo, que vienen todos los días a comer y pelearse. *Ya es la hora, ya es la hora* gritan y se picotean unos a otros. Es casi la hora, sí. El cielo está oscuro todo el día, sopla viento del oeste, no deja de soplar... Dame la mano un momento. Coge la mía. Eso es, así. Aprieta fuerte. Hace tiempo creíamos tener el tiempo a nuestro favor. *Ya es la hora, ya es la hora,* gritan esos pájaros sucios.

Raymond Carver, Estados Unidos. Traducción de Jaime Priede

Tres árboles

(Invocación en la muerte de mis hermanos)

Señor
de los tres dejás al de tronco
menos fuerte
el de frutos tardíos
el de más débil fronda
Afianza mis raíces
cuida mi savia
permite que lleguen pájaros
y que canten
para que los que vengan
disfruten de mi sombra

Robinson Quintero Ossa, Colombia

Los árboles

Los árboles vuelven a retoñar
Como si estuvieran a punto de decir algo;
Los cogollos recientes se aflojan y se extienden,
Su verdor es una especie de aflicción.

¿Es que ellos vuelven a nacer
Mientras nosotros nos envejecemos? No, ellos también
mueren.

Su astucia anual de lucir nuevos
Está escrita en los anillos de la fibra.

Aun así, los castillos se estremecen sin descanso
En el exuberante espesor de cada mayo.
El año pasado ha muerto, parecen decir,
Comienza otra vez, otra vez, otra vez.

Philip Larkin, Inglaterra. Traducción de Brian J. Mallet

Los árboles han sido siempre para mí los predicadores más eficaces. Los respeto cuando viven entre pueblos y familias, en bosques y florestas. Y todavía los respeto más cuando están aislados. Son los solitarios. No como ermitaños que se han aislado a causa de alguna debilidad, sino como hombres grandes en su soledad, como Beethoven y Nietzsche.

*Herman Hesse, Alemania. Traducción de Lorenzo Zabala
y Ana María Carvajal*

Los otros árboles

Los más sentimentales no son verdes,
salvo en otoño, de un verdor opaco,
casi ocre
que es su color de ausencia.

Guardan madera para barcos
y cuartetos de cuerda,
sin embargo cuanto saben de música
o de viajes
es el paso del viento.

Otros en cambio llevan por el mundo
un verdor errante
como el bosque de Macbeth
y aunque nos cubran de follajes
tienen vetas margas, nudosas,
nunca darán una guitarra.

Pero los más sentimentales no son verdes,
ni siquiera son árboles
sino hombres que no viajan
por amor a su aldea.
La vida es su color, el tiempo
que dispersa sus hojas,
sólo verdecen en otoño
pero ya tarde, cuando dicen adiós
y nadie se da cuenta.

Eugenio Montejo, Venezuela

Una palmera

Señora de los vientos,
garza de la llanura,
cuando te meces canta
tu cintura.

Gesto de la oración
o preludio del vuelo,
en tu copa se vierten uno a uno
los cielos.

Desde el país oscuro de los hombres
he venido a mirarte, de rodillas.
Alta, desnuda, única.
Poesía.

Rosario Castellanos, México

Otro nocturno

El mar se puso negro,
se miran dos orificios
a lo lejos:
Una luz en Isla Verde
y otra en la Isla de Sacrificios.

Las palmeras de la orilla
se inclinan para mirar:
¡El mar se puso de negro!
Las palmeras de la orilla
no se pueden consolar

José Gorostiza, México

Poemas

Destila
el árbol
el aire que lo mece
Su danza
es respiración

Javier Naranjo, Colombia

La suerte

La rama del ciruelo
deja su sombra. Un pájaro aletea
y salpica las flores
que nacen; pasa el aire,
y un leve temblor de hojas
nos enseña el camino
del bosque, donde cantan
los huesos de la suerte
de una alondra que aún vuela.

Una muchacha cruza el agua
y escapa en la rotunda primavera.

Giovanni Quessep, Colombia

Veo el ave grande

Para José Ignacio Vélez

Veo el ave grande
en la copa del árbol
que poco la excede

Ella me mira
mientras algo como un canto
brota del árbol en silencio

Ella tiende
la espiral de su mirada
atrás las vacías casas
de los hombres.

Carlos Enrique Ortiz, Colombia

Toda la noche
amotina las olas
el viento en cólera.
Y los pinos chorrean
húmeda luz de luna.

Saigyō Hoshi, Japón. Traducción de Octavio Paz y Eikichi Hayashiya

Otoño

Oh alto árbol de la mirada, desojándose:
Ahora está a la altura del exceso
Del cielo que por sus ramas irrumpe.
Pleno de estilo estaba espeso y hondo,
Cabeza familiar, casi pensándonos.
Ahora todo su interior se hace vía
Del cielo. Y el cielo no nos conoce.
Fatal extremo: para que como vuelo de ave
Nos lancemos por lo recién abierto,
Que se nos deniega con el derecho de espacio,
Espacio que imita solo con mundos,
Ondas-sentimientos de nuestra orilla
Ascienden en busca de relación,
Y se consuelan como banderas en el viento

.....
Mas la nostalgia evoca la cabeza del árbol.

Reiner María Rilke, Checoslovaquia. Traducción de Jaime Ferreiro Alemparte

Árbol del otoño

Ya madura
La hoja para su tranquila caída justa,
Cae. Cae
Dentro del cielo, verdor perenne, del estanque.
En reposo,
Molicie de lo último, se ensimisma el otoño.
Dulcemente
A la pureza de lo frío la hoja cede.
Agua abajo,
Con follaje incesante busca a su dios el árbol.

Jorge Guillén, España

¿Has visto un árbol
en su serena desnudez?

Viva aparición
de lo improbable,
todo en él
se ofrece a la visión.

El tronco y las ramas
obeliscos,
agujas,
desnuda suma de huesos,
piel de la tierra
elevada al firmamento.

Oasis de las hojas
que una a una
tejen el algodón
de los follajes,

verdes teclados
afelpadas cuerdas
para el viento.

No ves el laberinto
de las raíces,
ni la savia translúcida
ascendiendo a través
de círculos concéntricos,
pues son sustancia gemela
de tu sangre,
espejos de tu corazón.

Al ver un árbol
desasido de su nombre,
presente frente a ti
como callado fantasma,
sientes que no estás solo
sobre la faz de la tierra.

Oreste Donadío, Colombia

Otoño

Los árboles desnudos están en torno de tu casa
Y dejan pasar cielo y aire sin fin,
Los árboles desnudos descienden a la orilla
Y se reflejan en el agua.
Un niño juega aún en el humo gris del otoño
Y una niña va con flores en la mano
Y en el horizonte vuelan pájaros plateados.

Edith Södergran, Suecia. Traducción de Javier Sologuren

Mirto

En ti pienso, en ti Mirto, hechicera divina,
en Posilipo altivo brillando con mil fuegos,
en tu frente inundada por el claror de Oriente,
en las uvas sombrías entre tus áureas trenzas.

En tu copa donde la embriaguez he bebido,
y en el rayo furtivo de tus ojos sonrientes,
cuando a los pies de Iaco me veían orando,
pues la Musa me tiene por un hijo de Grecia.

Y yo sé por qué el volcán se ha reabierto...
es que ayer lo tocaste con tus ágiles pies,
de pronto el horizonte se cubrió de cenizas.

Pues si un duque normando quebró todos tus dioses,
bajo los ramos, siempre, del laurel de Virgilio,
una pálida hortensia se alía al mirto verde.

Gérard de Nerval, Francia. Traducción de Javier Sologuren

Todos los cedros callan, todos los robles callan.
Y junto al árbol rojo donde el cielo se posa,
hay un caballo negro con soles en las ancas,
y en cuyo ojo vivo habita una centella.
Hay un caballo, el mío, y oigo una voz que dice:
“Es el potro más bello en tierras de tu padre”.

Aurelio Arturo, Colombia

La arboleda y la lógica

Dijo mi verso lógico y sencillo.
Derribaron los árboles.
Es decir
desyerbaron el cielo.
Qué contentas estarán
las estrellas.
Y agregó mi verso
lógico y sencillo.
A esos pobres árboles
les tumbaron el cielo.

Luis Vidales, Colombia

Entonces soy los pinos

Entonces soy los pinos
soy la arena caliente
soy una brisa suave
un pájaro liviano delirando en el aire
o soy la mar golpeando la noche
soy la noche.
Entonces no soy nadie.

Idea Vilariño, Uruguay

Una selección de árboles

La actitud de los árboles

La actitud de los árboles,
su gesto,
es momentáneo.

Coral Bracho, México

En las altas ramas de árboles frondosos
el viento hace un rumor frío y alto,
en esta floresta, en este sonido me pierdo
y en soledad medito.

Así en el mundo, por encima de lo que siento,
un viento hace la vida, y la deja, y la toma,
y nada tiene sentido —ni el alma
con que pienso a solas.

Fernando Pessoa, Portugal. Traducción de Ángel Campos Pámpano

El tiempo de los parques

El tiempo de los parques es íntimo, impostergable,
prescindente, inmarcesible.

Medita en las altas frondas, en la última palma de la
palmera

En la gran piedra intacta, el tiempo de los parques.

El tiempo de los parques se ensimisma en la mirada ciega
de los lagos

Duerme en las grutas, se aísla en los quioscos

Se oculta en el torso muscular de los ficus, el tiempo en
los parques.

El tiempo en los parques crea el silencio del trino de los
pájaros

De los pasos que pasan, del color que se mueve a lo lejos.

Es alto, antiguo, premonitorio, el tiempo de los parques

E incorruptible; el preanuncio de una brisa

La agonía de una hoja, el abrirse de una flor

Poemas

Deja un temblor en el espacio del tiempo en los parques.
El tiempo en los parques envuelve en redomas invisibles
A los que se aman; eterniza los anhelos, petrifica
Los gestos, anestesia los sueños, el tiempo en los parques
En los hombres durmientes, en los puentes que huyen,
en

la franja

De los sauces, en la cúpula azul el tiempo perdura
En los parques; y un pequeño coatí sorprende
La inmovilidad anterior de ese tiempo en el mundo
Porque inmóvil, elemental, auténtico, profundo
Es el tiempo en los parques.

Vinicius de Moraes, Brasil. Traducción de Juan José Hernández
y Haydée Jofré Barroso

¿Vuelven al tallo
las flores desprendidas?
¡Mariposas!

Moritake Arakida, Japón. Traducción de Rodrigo Escobar Holguín

Tierra de nadie

Nadie

Pinta un pájaro donde hubo tigre.
Su rugido borra el silbo. Traza un árbol
Donde antaño pintó un mástil.
Quién diría que bajo árbol y pájaro
Duerme un tigre
Mientras cruza un barco a toda vela.
Esta nube
Fue sábana en su encordado,
La silla se reclina en algo que fue pared,
El cielo fue jinete azul.
Nadie ama el claroscuro,
Los colores del olvido,
Los pintores de nieblas.
Rembrandt y Morandi
Preguntaron por Nadie.

Juan Manuel Roca, Colombia

Hermano del noble silencio

Bendita sea la simiente inmemorial que engendrara el primer árbol: dónde gravitaría el ave sin su selva rumorosa; dónde reposaría el caminante sin su umbrátil llamarada; dónde —sin su levitación acogedora— habría yo morado en las antiguas intemperies y en los fríos, en los días pavorosos de mi noche...

Todo en mi fisonomía conmemora un ayer entre sus brazos: En sus flores aprendieron mis ojos de curioso lémur a advertir los relieves y matices; en la grata algarabía de sus aves maduraba la garganta de mi voz y de mi verbo; la textura de sus frutos decantó la garra en mano y la caricia creadora; la osatura ascensional de su ramaje unos músculos que hoy propenden al abrazo.

Es tantas cosas un árbol: sin la ofrenda y la premura de su savia no correría mi sangre; sin su alquimia de agua

Poemas

y luz en clorofila faltaría mi apremiante bocanada y mi alimento de ser vivo; sin su dócil y envolvente celulosa no sería la página en que hoy vengo a celebrarlo, noble hermano en cuya fronda alguna vez tuviera hogar y compañía de pájaros.

Carlos Framb, Colombia

La creciente

Al amanecer crece el río, retumban en el alba los enormes troncos que vienen del páramo.

Sobre el lomo de las paradas aguas bajan naranjas maduras, terneros con la boca bestialmente abierta, techos pajizos, loros que chillan sacudidos bruscamente por los remolinos.

Me levanto y bajo hasta el puente. Recostado en la baranda de metal rojizo, miro pasar el desfile abigarrado. Espero un milagro que nunca viene.

Tras el agua de repente enriquecida con dones fecundísimos se va mi memoria.

Transito los lugares frecuentados por los adoradores del cedro balsámico, recorro perfumes, casas abandonadas, hoteles visitados en la infancia, sucias estaciones de ferrocarril, salas de espera.

Todo llega a la tierra caliente empujado por las aguas del río que sigue creciendo: la alegría de los carboneros, el humo de los alambiques, la canción de las tierras altas, la niebla que exonera los caminos, el vaho que despiden los bueyes, la plena, rosada y prometedora ubre de las vacas.

Voces angustiadas comentan el paso de cadáveres, monturas, animales con la angustia pegada en los ojos. Los murciélagos que habitan la cueva del Duende huyen lanzando agudos gritos y van a colgarse de las ramas de los guamos o a prenderse de los troncos de los cámbulos. Los espanta la presencia ineluctable y pasmosa del hediondo barro que inunda su morada. Sin dejar de gritar, solicitan la noche en actitud hierática. El rumor del agua se apodera del corazón y lo tumba contra el viento. Torna la niñez.

Álvaro Mutis, Colombia

Índice general

Una selección de árboles.....	5
Cortaron tres árboles	11
Pequeña elegía.....	12
El árbol de oro.....	13
Cuando pase el tiempo	14
El manzano	15
Hijo árbol.....	17
Árbol de invierno.....	18
Pino.....	19
Árbol	20
Árbol	21
Una hoja no más	22
XCI	24
El árbol que sombrea la llanura.....	26
Mütterchen.....	28
El soñador de bosques	29
Cerezos en flor	30

Poemas

Instante	32
Pedirle peras al olmo.....	33
El árbol y el lenguaje	34
El silencio quiere ser árbol.. ..	35
Lo fatal.....	36
Palma sola	37
Vi en Luisiana crecer una encina.....	39
La piedad del ciprés.....	41
La selva.....	42
416	45
De “Seis paisajes significativos”	47
Entre las ramas	48
Tres árboles.....	49
Los árboles.....	50
Los árboles han sido.....	51
Los otros árboles.....	52
Una palmera.....	54
Otro nocturno.....	55
Destila.....	56

Una selección de árboles

La suerte	57
Veo el ave grande.....	58
Toda la noche.....	59
Otoño.....	60
Árbol del otoño.....	61
¿Has visto un árbol.....	62
Otoño.....	64
Mirto.....	65
Todos los cedros callan.....	66
La arboleda y la lógica	67
Entonces soy los pinos	68
La actitud de los árboles.....	69
En las altas ramas.....	70
El tiempo de los parques	71
¿Vuelven al tallo.....	73
Tierra de nadie	74
Hermano del noble silencio	75
La creciente	77



Imprenta
Universidad de Antioquia

Teléfono: (574) 219 53 30. Telefax: (574) 219 50 13
Correo electrónico: imprenta@udea.edu.co
Impreso en abril de 2015